

DIOS TE HABLA

BENJAMIN MARTIN SANCHEZ

Profesor de Sagrada Escritura

DIOS TE HABLA

(Libro Bíblico)

*Habla, Señor, que tu siervo
escucha (1 Sam. 3,10)*

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44

41003 - SEVILLA

ALFONSO GARCÍA SÁNCHEZ
1904-1984

TE HABLA DIO

de Alfonso García Sánchez

1904-1984

Con licencia eclesiástica
Depósito Legal B-39530-1993
ISBN: 84-7693-260-X
Impreso en España

Al lector de este libro

Dios habla a los hombres. El nos ha hablado muchas veces y en muchas maneras por medio de los profetas y últimamente por medio de su Hijo Jesucristo (Heb. 1, 1-2), y cuanto nos ha dicho lo tenemos principalmente en la Sagrada Escritura, y todo lo que en ella está escrito, lo ha sido para nuestra enseñanza (Rom. 15, 4).

Las palabras que aquí te ofrezco son, pues, dichos o palabras de Dios, ya habladas directamente por El, ya por medio de otros, ya, en fin, por estar consignadas en la Biblia, el libro de la revelación divina, que contiene y es la palabra de Dios escrita.

Tú piensa que, al leerlas, es Dios mismo el que te habla. Escúchalas atentamente, medítalas y llévalas a la práctica.

Benjamin MARTIN SANCHEZ

Zamora, 31 marzo 1983

1. Anda en mi presencia

Yo soy el Dios todopoderoso, anda en mi presencia y serás perfecto (Gén. 17, 1).

Todas las cosas están patentes y manifiestas a los ojos de Dios (Heb. 5,13).

Dios no está lejos de nosotros, porque en El vivimos, nos movemos y existimos (Hech. 17, 27).

Por mucho que uno se esconda en escondrijos, ¿no lo verá Yo? ¿No lleno Yo los cielos y la tierra?, dice el Señor (Jer. 23, 23-24).

Oh, Yahvé, Tú me penetras y me conoces cuándo me siento y cuándo me levanto, y de lejos entiendes mi pensamiento. Disciernes cuando camino y cuando descanso, te son familiares todas mis sendas. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y ya Tú, Yahvé, lo sabes todo...

Oh, Dios... ¿a dónde huir de tu presencia? Si subiera a los cielos, allí estás presente. Si dijere las tinieblas me ocultarán, será la noche mi luz en torno mío, tampoco las tinieblas son densas para Ti, y la noche luciría como el día, pues tinieblas y luz son iguales para Ti (Sal. 139, 7-12).

¿Hasta cuándo los malvados triunfarán, proferirán necedades con lenguaje arrogante todos los obradores de iniquidad? Oprimen a tu pueblo, Yahvé, y devastan tu heredad; asesinan a la viuda y al extranjero, y matan a los huérfanos. Y dicen: «El Señor no lo ve, el Dios de Jacob nada sabe».

Entendedlo, necios del pueblo, insensatos, ¿cuándo discurriréis? El que plantó el oído ¿no va a oír? El que formó el ojo ¿no va a ver? El que educa a los

pueblos ¿no va a castigar? El Señor conoce los pensamientos de los hombres y sabe cuán vanos son (Sal. 94, 3-11).

Si pensáramos que Dios nos ve, nunca o casi nunca pecaríamos (Santo Tomás).

El olvido de Dios es causa de todos los males...

2. Piensa en tu fin ¿para qué estás en el mundo?

¡Oh, Dios! dame a conocer mi fin, y cuál sea la medida de mis días; que sepa cuán caduco soy (Sal. 39,6).

Al principio creó Dios los cielos y la tierra (Gén. 1,1), el mar y las fuentes de las aguas (Apoc. 14, 7) y cuanto en ellos se contiene (Ex. 20, 11).

De El y por El y para El son todas las cosas (Rom. 11, 36). Todas las cosas fueron hechas por El y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho (Jn. 1, 3).

Dios hizo de uno (de una sola pareja, Adán y Eva) todo el humano linaje, para poblar toda la haz de la tierra (Hech. 17, 26).

Al hombre le señaló un número contado de días, y le dio el dominio sobre la tierra. Le vistió de fortaleza a él conveniente, y le hizo según su propia imagen. Infundió el temor de El en toda carne y sometió a su imperio las bestias y las aves (Eclo. 17, 3-4).

Dióle lengua, ojos y oídos y un corazón inteligente... para que viera la grandeza de sus obras. Para que alabara su nombre santo y pregonara la grande-

za de sus obras... y les dijo: Guardaos de toda iniquidad (Eclo. 17, 5-11).

(Nuestro fin no es el de los mundanos e impíos). Su Dios es el vientre (Fil. 3,19). Comamos y bebamos, que mañana moriremos (Is. 22,13).

Neciamente se dijeron a sí mismos los que no razonan: Por acaso hemos venido a la existencia, y después de esta vida seremos como si no hubiéramos sido (Sab. 2, 1-2).

Gocemos de los bienes presentes, démonos prisa a disfrutar de todo en nuestra juventud..., coronémonos de rosas antes que se marchiten... Oprimamos al justo. Es censor de nuestra conducta: hasta el ver lo es insoportable. Porque su vida en nada se parece a la de los otros, y sus sendas son muy distintas de las nuestras.

Estos son sus pensamientos, pero se equivocan, porque los ciega su maldad y desconocen los misteriosos juicios de Dios y no esperan la recompensa de la justicia ni estiman el precio de las almas. Porque Dios creó al hombre para la inmortalidad (Sab. 2, 6-23).

(Los impíos llegarán un día tardío a reconocer su error). El justo muerto condena a los impíos vivos... Estos verán llenos de espanto sus pecados, y sus crímenes se levantarán contra ellos acusándolos (Sab. 4, 16 y 20).

Entonces estará el justo en gran seguridad, en presencia de quienes le persiguieron y menospreciaron sus obras. Al verlo se turbarán con terrible espanto, y quedarán fuera de sí ante lo inesperado de aquella salud.

Arrepentidos se dirán: Este es el que algún tiempo tomamos a risa y fue objeto de nuestro escarnio. Nosotros, insensatos, tuvimos su vida por locura. ¡Cómo son contados entre los hijos de Dios!...

Luego erramos el camino de la verdad... ¿Qué nos aprovechó nuestra soberbia, qué ventaja nos trajeron la riqueza y la jactancia? Pasó como una sombra todo aquello, como ave que vuela por los aires sin dejar señal de su vuelo... (Sab. 5, 1-11).

(La suerte será muy distinta): Los impíos, conforme a sus pensamientos, tendrán su castigo, pues despreciaron al justo y se apartaron del Señor (Sab. 3,10).

Pero los justos viven para siempre, y su recompensa está en el Señor, y el cuidado de ellos en el Altísimo. Por esto recibirán un glorioso reino, una hermosa corona de mano del Señor (Sab. 5, 15-16).

Dios los probó (en esta vida) como el oro en el crisol y los halló dignos de sí (Sab. 3, 5-6).

Dios hizo al hombre desde el principio y le dejó a manos de su albedrío... Si tú quieres puedes guardar sus mandamientos, y es de sabios hacer su voluntad (Eccl. 15, 14-15).

Huye del mal y obra el bien; y vivirás por los siglos. Porque el Señor ama al justo y no desampara a sus santos. Eternamente serán protegidos. Los impíos serán castigados (Sal. 37, 27-28).

Vanidad de vanidades y todo vanidad (fuera de amar a Dios y servirle)... Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el hombre todo (Eccl. 12, 8 y 13) (es decir, para esto fue creado el hombre).

Con toda tu alma honra al Señor. Con todas tus fuerzas ama a tu Hacedor (Eclo. 7, 31-32).

3. Oíd, pueblo necio e insensato

Tenéis ojos y no véis, tenéis oídos y no oís. ¿No me habéis de temer? dice Yahvé; ¿no temblaréis delante de mí que puse al mar por término la arena, como límite perpetuo que no puede traspasar?...

Pero este pueblo tiene un corazón rebelde y contumaz; se rebelaron y desertaron, y no dicen en su corazón: Temamos a Yahvé nuestro Dios que nos da a su tiempo la lluvia temprana y la tardía y nos concede las semanas a la cosecha».

Vuestras iniquidades han trastornado este orden, y vuestros pecados os han privado del bienestar (Jer. 5, 21-24).

La cigüeña en el aire conoce su estación; la tortola, la golondrina y la grulla conocen los tiempos de sus migraciones; pero mi pueblo no conoce los juicios de Dios...

Han sido confundidos los sabios, avergonzados y presos, por haber rechazado la palabra de Yahvé (Jer. 8, 7-9).

¡Ah!, mi pueblo está loco, me ha desconocido. Son necios, no ven; sabios para el mal, necios para el bien (Jer. 4, 22).

¡Oíd, cielos! ¡Escucha, tierra! ¡Que habla Yahvé! Yo he criado hijos y los he engrandecido, y ellos se han rebelado contra mí.

Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre

de su amo; pero mi pueblo no entiende, no tiene conocimiento.

¡Oh, gente pecadora, pueblo cargado de iniquidad, raza malvada, hijos desnaturalizados! Se han apartado de Yahvé, han renegado del Santo de Israel, le han vuelto las espaldas (Is. 1, 2-4).

Así dice Yahvé: Oíd mi voz..., seguid los caminos que yo os mando y os irá bien... Os he enviado profetas (y ahora en su lugar sacerdotes), pero no me escucharon, no me prestaron oído... (Jer. 7, 23 s).

Vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, limpiaos, quitad de ante mis ojos la iniquidad de vuestras acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien... (Is. 1, 16 s).

Volveos a mí, dice el Señor, y yo me volveré a vosotros... Convertíos de vuestros malos caminos y de vuestras malas obras (Zac. 1, 3-4). Aunque vuestros pecados fueran como la grana, quedarían blancos como la nieve (Is. 1,18). Si te conviertes, si quitas de delante de mí tus abominaciones, no serás rechazado (Jer. 4,1).

4. Huye del pecado

Hijo, ¿has pecado? No vuelvas a pecar más, y ora por los pecados anteriores (arrepintiéndote de ellos). Como de la serpiente huye del pecado, porque si te acercas te morderá. Dientes de león son los suyos, que dan muerte a los hombres (Eclo. 21, 1-3).

El pecado es la transgresión de la ley de Dios (1 Jn. 3,4) (Es la raíz más honda de todos los males en

la historia de los hombres. Juan Pablo II: «*Dives in misericordia*», 8).

No digas: He pecado, y ¿qué me ha sucedido? Porque el Señor es paciente... Y no digas: grande es su misericordia. El perdonará mis muchos pecados. Porque aunque es misericordioso, también castiga, y su furor caerá sobre los pecadores (Eccl. 5, 4-7).

Reconoce y advierte cuán malo y amargo es para ti haberte apartado del Señor, tu Dios (Jer. 2,19).

Lejos de nosotros querernos rebelar contra el Señor y apartarnos de El (Jos. 22, 29).

(No vuelvas a pecar):

– *para que* no te suceda algo peor (Jn. 5,14).

– *porque* el que comete el pecado es esclavo del pecado (Jn. 8, 34).

– *porque* los pecadores son enemigos de su propia dicha (Tob. 12,10).

– *porque* en alma maliciosa no entrará la sabiduría, ni morará en cuerpo esclavo del pecado, porque el Santo Espíritu, al sobrevenir la iniquidad, se aleja (Sab. 1, 4s).

Que no reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal obedeciendo a sus concupiscencias (Rom. 6,12).

El pecado mortal es un apartarse de Dios, es rebelarse contra El. El pecado es oponerse a la voluntad de Dios manifestada en sus mandamientos. Implica desprecio de Dios, preferencia de la criatura al Creador... El pecado mortal es el único mal que se opone al

fin último para que hemos sido creados por Dios.

«No digas: Mi pecado viene de Dios, porque El no hace lo que detesta» (Eclo. 15,11).

5. Vive en gracia

– *Porque* somos templo del Dios vivo (2 Cor. 6,16). ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno profana el templo de Dios, Dios le destruirá. Porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros (1 Cor. 3, 16-17).

– *porque Jesucristo nos dice:* Si alguien me ama –si vive en gracia– mi Padre le amará y vendremos a él (*¿quiénes? Las tres divinas Personas*) y estableceremos dentro de él nuestra morada (Jn. 14,23).

Yo he venido para que (las almas) tengan vida, y vida sobreabundante (sobrenatural). (Jn. 10,10).

Permaneced en Mí y Yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto de sí mismo, si no permaneciere en la vid, tampoco vosotros, si no permaneciereis en Mí.

Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos. El que permanece en Mí y Yo en él, ese da mucho fruto, porque sin Mí no podéis hacer nada. (*Es, pues, necesaria la corriente de la gracia entre Cristo y nosotros*) (Jn. 15, 4-5).

Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te pide de beber... El que bebiera del agua (de la divina gracia) que Yo le daré, nunca en adelante tendrá sed

(de los placeres y cosas de este mundo), sino que el agua que Yo le daré se hará en él fuente que salta hasta la vida eterna (Jn. 4, 10-14).

No apaguéis el Espíritu Santo en vosotros (*por el pecado mortal*) (1 Tes. 5,19).

Guardaos de entristecer al Espíritu Santo de Dios (*por el pecado venial*) (Ef. 4,30).

El *pecado mortal* da «muerte al alma» porque le priva de su propia vida, que es la gracia. Por eso, los que viven en *pecado mortal* «tienen el nombre de vivientes, pero en realidad están muertos» (Apoc. 3,1).

Vivir en pecado es vivir sin vida, o sea, vivir con vida natural, pero privado de la *vida sobrenatural* o gracia santificante... y de las riquezas y dones inefables de un orden divino, que hacen al hombre «hijo de Dios y heredero del cielo».

6. No temas la muerte

No temas la sentencia de la muerte. Acuérdate de los que te precedieron y de los que te seguirán, y que éste es el juicio del Señor sobre toda carne. Y ¿qué otra cosa te sobrevendrá, sino lo que fuere del agrado del Altísimo? Sean diez o ciento o mil años (Eclo. 41, 5-6).

Como vestido se envejece todo hombre, porque ésta es la ley desde el principio: Has de morir.

Como las hojas verdes de un árbol frondoso, que unas caen y otras brotan, así es la generación de la carne y de la sangre: unos mueren y otros nacen. Toda obra humana al fin se acaba (Eclo. 3,19).

En los días de la juventud acuérdate de tu Hacedor, antes que... se torne el polvo a la tierra, y retorne a Dios el espíritu que El le dio (Ecl. 12, 1 y 7).

No hay más que un paso entre mí y la muerte (1 Sam. 20, 3).

Acuérdate de que la muerte no tarda y no sabes cuándo vendrá. Antes de tu muerte haz bien a tu prójimo, y según tus posibilidades ábrele tu mano y dale... Mira que tienes que dejar lo tuyo para otros, y tu hacienda se la distribuirán tus herederos (Eclo. 14, 12-15).

Cuanto bien puedas hacer, hazlo alegremente, porque no hay en el sepulcro, a donde vas, ni obra, ni industria, ni ciencia, ni sabiduría (Eclo. 9,10).

La muerte de los pecadores es pésima (Eclo. 34,22), (y éstos son los que debieran temerla): ¡Oh, muerte, cuán amarga es tu memoria para el hombre que se siente satisfecho con sus riquezas; para el hombre a quien todo le sonríe y en todo prospera y aun puede disfrutar de los placeres! (Eclo. 41,1).

La muerte de los justos es preciosa a los ojos de Dios (Sal. 115, 15). (El que vive en gracia de Dios no teme la muerte). Dispón de tu casa, porque vas a morir (Is. 38,2).

7. Dios es misericordioso

Es bondadoso Yahvé para con todos y su miseri-

cordia está sobre todas sus obras (Sal. 145, 9).

Yo juro, dice el Señor, que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta de su mal proceder y viva. Convertíos, convertíos de vuestros perversos caminos.. Si el impío se convirtiese de sus pecados y practicase la equidad y la justicia, y siguiere los mandamientos de vida, ciertamente vivirá y no morirá. Ninguno de sus pecados que haya cometido será recordado contra él (Ez. 11 ss).

Si confesamos humildemente nuestros pecados, fiel y justo es El para perdonármolos y lavarnos de toda iniquidad (1 Jn. 1,9).

En Yahvé está la misericordia, y con El copiosa salvación (Sal. 130,7). Llena está la tierra de su misericordia (Sal. 33,5).

Aunque una madre se olvidara del hijo de sus entrañas, Yo no te olvidaré, dice el Señor (Is. 49,5).

Misericordioso y benigno es Yahvé, tardo en airarse y lleno de clemencia. No está siempre acusando, ni guarda rencor para siempre.

No nos castiga a medida de nuestros pecados, no nos paga conforme a nuestras iniquidades. Sino que cuanto sobre la tierra se alzan los cielos, tanto se eleva su misericordia sobre los que le temen.

Cuando dista el Oriente del Occidente, tanto aleja de nosotros nuestros pecados.

Como un padre que se apiada de sus hijos, así Yahvé se compadece de los que le temen. Porque El sabe de qué estamos formados. El recuerda que somos polvo.

La misericordia del Señor es eterna para los que le temen (Sal. 103, 8-14 y 17).

Oración del rey David: Apíadate de mí, oh Dios, según tus piedades. Según la muchedumbre de tu misericordia, borra mi iniquidad. Lávame más y más de mi iniquidad y límpiame de mi pecado. Pues reconozco mis culpas y mi pecado está siempre contra mí. Contra Ti, contra Ti sólo he pecado, he hecho lo malo a tus ojos... No me arrojes de tu presencia... (Sal. 51).

8. Dios es inmutable y eternamente feliz

Yo, Yahvé, soy inmutable (Mal. 3,6). En El no se da mudanza ni sombra de alteración (Sant. 1,17).

Desde el principio fundaste la tierra, y obra de tus manos son los cielos; pero éstos perecerán y tú permanecerás, mientras todos se gastan como un vestido y se cambian. Pero tú siempre eres el mismo y tus años no tienen fin (Sal. 102, 26-28).

Dios es EL BIENAVENTURADO y solo Poderoso, Rey de reyes y Señor de los señores (1 Tim. 6,15).

El Dios que hizo el mundo..., siendo Señor del cielo y de la tierra..., no por manos humanas es servido como si necesitase de algo, siendo El mismo quien da a todos la vida... (Hech. 17, 24-25).

Contempla el cielo y mira... Si multiplicas tus pecados, ¿qué perjuicio causas a Dios?, y con ser justo, ¿qué le das? ¿Qué recibe El de tu mano? A un hombre como tú perjudica tu mal obrar, a un hijo de hombre aprovecha tu justicia (Job 35, 5-8).

Todo fue creado por El y para El, para que todas las cosas le glorifiquen. El es antes que todo y todo subsiste en El (Col. 1, 16-17).

Alabad al Señor todas las naciones, alabadle todos los pueblos; porque claramente se ha manifestado sobre nosotros su misericordia, y su fidelidad permanece para siempre (Sal. 117).

Grande es el Señor y digno de toda alabanza, su grandeza es inconcebible (Sal. 145, 3).

Dios es inmutable porque permanece eternamente el mismo sin mudarse jamás en su ser o en sus juicios. El decreto de crear el mundo es tan eterno e inmutable como la esencia misma de Dios, con la cual se identifica realmente; lo único temporal y mudable es el efecto de tal decreto, o sea, el mundo creado.

Glorificar a Dios es conocerle, amarle y alabarle. «La gloria de Dios es gloria nuestra. No crece Dios con nuestras alabanzas, ni se hace mejor porque le alabes, ni peor si le vituperas. Tú alabándole te haces mejor, vituperándole te haces peor. El sigue siendo el mismo» (S. Agustín). Dios no necesita ser glorificado si lo desea, es para nuestro bien, pues El es eternamente feliz.

9. Yo soy el Señor tu Dios

No tendrás más Dios que a Mí... No harás ído-

los... no te postrarás ante ellos, ni les darás culto... (Ex. 20).

Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros y volved vuestros corazones a Yahvé... (Jos. 24,23).

Quite cada uno de sus ojos los ídolos (para muchos sus ídolos son el dinero, el placer, el honor), y no os contaminéis con ellos; pero ellos se rebelaron contra Mí y no quisieron darme oídos...

Les di mis mandamientos y mis derechos, y les hice saber que son la vida para quien los cumple (Ez. 20, 7-11).

Ante el hombre están la vida y la muerte; lo que cada uno quiere le será dado (Eccl. 15,18).

Mira: hoy pongo ante ti la vida con el bien, la muerte con el mal. Si oyes el precepto de Yahvé, tu Dios, que hoy te mando de amar a Yahvé, tu Dios, seguir sus caminos y guardar sus mandamientos, vivirás, y Yahvé, tu Dios, te bendecirá...; pero si se aparta tu corazón y no escuchas (sus preceptos) irás a la segura ruina.

Yo invoco hoy por testigos a los cielos y a la tierra, de que os he propuesto la vida y la muerte, la bendición y la maldición.

Escoge la vida para que vivas..., amando a Yahvé, tu Dios, obedeciendo su voz, adhiriéndote a El, porque en eso está tu vida y tu perduración... (Dt. 30, 15-20).

Dios es el ser increado que existe antes que todo lo demás (S. Ireneo).

No hay vida que no proceda de Dios; porque sólo Dios es realmente la plenitud y la misma fuente de la vida (S. Agustín).

Por puro amor nos ha creado y todo lo demás por amor a nosotros (S. J. Crisóstomo).

«La vida es para buscar a Dios; la muerte para encontrarle; la eternidad para disfrutar de El. Gran desdicha para el que no sabe acertar».

Dios es el único ser necesario. Tú no eres imprescindible. Cuando muere el Papa, otro le sucede. Cuando tú mueras el mundo seguirá igual, y, si no eres santo, acaso siga siendo mejor.

10. El camino de la felicidad

Dios dice: ¡Oh, si siempre me temieran y guardara mis mandamientos, para ser siempre felices ellos y sus hijos! (Dt. 5,29).

Ved; Yo os pongo hoy delante bendición y maldición: la bendición, si cumplís los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios, que Yo os prescribo hoy; la maldición, si no los cumplís (Dt. 11, 26-28).

Guardadlos y ponedlos por obra, pues en ellos está vuestra sabiduría y vuestro entendimiento a los ojos de los pueblos, que, al conocer todas esas leyes, se dirán: sabia e inteligente es, en verdad, esta gran nación (Dt. 4,6).

Si vosotros obedecéis los mandamientos que Yo os prescribo, amando a Yahvé, vuestro Dios, y sirviéndole con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, yo daré a vuestra tierra la lluvia a su tiempo, la temprana y la tardía; y tú cosecharás tu trigo,

tu mosto y tu aceite; Yo daré también hierba en tus campos para tus ganados, y de ellos comerás y te saciarás (Dt. 11, 13-15).

Y si los guardáis, sembraréis poco y recogeréis mucho... Por el contrario, si no los obedecéis, malditos seréis en la ciudad y el campo..., sembraréis mucho y cosecharéis poco..., todo os irá mal (Dt. 28; Lev. 26).

Dios es el autor de los mandamientos. Los promulgó en el Sinaí (Ex. 20; Dt. 5); los imprimió en la conciencia de todo hombre (Rom. 2, 14-16). Jesucristo los confirmó y perfeccionó (Mt. 5,17).

Josué los inculcó a su pueblo (Jos. 23). Los jueces se los recordaban. Luego Dios suscitó profetas para que se los recordasen a los reyes y al pueblo, a fin de no ser castigados. Por no cumplirlos, las tribus del Norte fueron llevadas cautivas a Asiria (2 Rey. 17, 6-7), y las tribus de Judá y Benjamín lo fueron a Babilonia (2 Rey. 24,3).

Jesucristo dijo que toda la Biblia: la Ley y los Profetas pendían de los mandamientos, reducidos a estos dos: amar a Dios y al prójimo (Mt. 22, 37-39).

La felicidad temporal y eterna depende del cumplimiento de ellos: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17).

No estéis tristes como los que no tienen esperanza de la vida eterna (1 Ts. 4, 14). La

Iglesia nos recuerda: «La vida no termina, se transforma, y disuelta nuestra morada terrenal, conseguimos una mansión eterna en el cielo» (Pref. Dif.).

11. La promesa de Dios: la vida eterna

Esta es la promesa que El nos hizo, la vida eterna (1 Jn. 2,25).

Mantengámonos firmes en la esperanza, porque es fiel el que la ha prometido (Heb. 10,23).

Dentro de poco tiempo he de abandonar esta tienda de mi cuerpo (2 Ped. 1,14). Sabemos que si esta casa terrestre en que habitamos viene a destruirse, nos dará Dios en el cielo otra casa, no hecha de mano de hombre (2 Cor. 5,1).

No apegues a las riquezas tu corazón (Sal. 62,11).

Vivimos con la esperanza de que un día como hijos de Dios apareceremos con Cristo en aquella gloria (Col. 5,4).

Alegraos en aquel día (por vuestras pruebas sobrellevadas) y regocijaos, pues vuestras recompensa será grande en el cielo (Lc. 6, 23).

Los justos vivirán eternamente, y su galardón está en el Señor (Sab. 5, 16).

(La dicha del cielo es indescriptible): Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman (2 Cor. 2,9).

Nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él. En teniendo con qué alimentarnos y con qué cubrirnos, estemos con eso contentos (1 Tim. 6, 7-8).

Somos forasteros y peregrinos sobre la tierra (Heb. 11,13). (Nuestra verdadera patria es el cielo, pues) no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna (Heb. 13,14).

Según afirma San Agustín: «Toda la Sagrada Escritura nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miradas al cielo donde se halla la verdadera felicidad.» «El reino de los cielos se compra con el desprendimiento.»

12. Cumple los mandamientos de Dios (I) **(1.º, 2.º y 3.º)**

1.º Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Este es el mayor y primer mandamiento (Dt. 6,5; Mt. 22, 37-38).

El nombre de Dios y su doctrina no sean blasfemados (1 Tim. 6,1). (Pecado gravísimo es la «blasfemia»; en la Antigua Ley era éste el castigo): Quien blasfemare el nombre del Señor será castigado con la muerte (Lev. 24,16).

Cualquier hombre que maldijere a su Dios, llevará sobre sí su pecado (Lev. 24,15).

No practiquéis ni adivinación ni magia (no uséis de agüeros) (Lev. 19,26).

Si alguno dice: Yo amo a Dios, y odia a su hermano, es un mentiroso (1 Jn. 4,20).

2.º No tomarás en vano el nombre del Señor, tu Dios; porque el Señor no dejará sin castigo a quien tomare en vano su nombre (Ex. 20,7).

No jurarás en falso por mi nombre, ni profanarás el nombre de Dios. Yo soy el Señor (Lev. 19,12).

No acostumbres tu boca al juramento; son muchas por eso las caídas. Tampoco tomes continuamente en boca el nombre de Dios; ni interpongan los nombres de las cosas santas; porque no quedarás libre de culpa si lo haces (Eclo. 23, 9-10).

Cuando hagas algún voto al Señor, tu Dios, no tardes en cumplirlo (Dt. 23,21).

3.º Acuérdate del día del Señor para santificarlo. Seis días trabajarás y harás tus obras; pero el día séptimo es día de descanso, consagrado al Señor, tu Dios, y no harás en él trabajo alguno... (Ex. 20. 9-11).

En la Nueva Ley se santifica el primer día de la semana, o sea, el domingo, porque en domingo resucitó el Señor, y la Iglesia ha concretado cómo debe santificarse: oyendo Misa y no trabajando sin necesidad; mas muchos lo profanan asistiendo a cines, discotecas y centros de diversiones inmorales.

13. Cumple los mandamientos de Dios (II) (4.º y 5.º)

4.º Honra a tu padre y a tu madre para que se prolongue tu vida sobre la tierra (Ex. 20,12).

Guarda los mandatos de tu padre, y no des de lado las enseñanzas de tu madre (Prov. 6,20).

El que roba a su padre y dice que no es malo, es digno compañero del bandido (Prov. 28,24).

Hijo, alivia la vejez de tu padre, y no le des pesadumbres en la vida. Si llegare a chochear, a volverse como un niño, compadécele, y jamás le desprecies por tener tú más vigor que él; porque la beneficencia con el padre no quedará en olvido (Eccl. 3, 14-15).

Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto es agradable a Dios (Col. 3,20).

(Padres: educad bien a vuestros hijos): Instruye al niño en su camino, que aun de viejo no se apartará de él (Prov. 22,6).

La vara y el castigo dan sabiduría: el muchacho consentido es la vergüenza de su madre (Prov. 23,13).

No hay autoridad que no esté puesta por Dios... (los súbditos deben obedecer a los que gobiernan y orar por ellos para gozar todos de vida tranquila) (Rom. 13).

5.º No matarás (Ex. 20,13). No odiarás en tu corazón a tu hermano... No te vengarás ni guardarás rencor... Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Lev. 19, 17-18).

Todo el que aborrece a su hermano es homicida,

y sabéis que ningún homicida tiene permanente en sí vida eterna (1 Jn. 3,15).

La vida es un don de Dios. Es el su autor. «Toda vida debe ser absolutamente respetada» (Pablo VI).

«Quien negare la defensa de la persona humana más inocente y débil, a la persona humana *ya concebida, aunque todavía no nacida*, cometería una gravísima violación del orden moral. Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente. Se minaría el mismo fundamento de la sociedad» (2-11-1982, Juan Pablo II).

14. **Cumple los mandamientos de Dios (III)** (6.º y 9.º; 7.º y 10.º; 8.º).

6.º y 9.º No cometerás adulterio (Ex. 20,14). No desearás la mujer de tu prójimo (Ex. 20,17).

El que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra la primera; y si una mujer repudia a su marido y se casa con otro, ella comete adulterio (Mc. 10, 11-12).

Habéis oído que fue dicho: No cometerás adulterio. Mas yo os digo: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón (Mt. 5,27).

7.º y 10.º No robarás. No desearás la casa ni la mujer de tu prójimo... ni nada de lo que le pertenece (Ex. 20,15 y 17).

Quien quita a alguno el pan del sudor, es como el que asesina a su prójimo. Hermanos son el que derrama la sangre y el que retiene el salario del jornalero (Eclo. 34, 26-27).

No codiciarás cosa alguna de las que pertenecen a tu prójimo (Ex. 20,17).

No traspasarás los lindes de tu prójimo (Dt. 19,14).

8.º No dirás falso testimonio contra el prójimo (Ex. 23,7). Huirás de la mentira (Ex. 23,7).

Sea vuestro modo de hablar, sí, sí; o no, no; que lo que pasa de eso de mal principio proviene (Mt. 5,37).

Maldice al murmurador y al de lengua doble, porque han sido la perdición de muchos que vivían en paz (Eclo. 28,15).

No serás calumniador ni chismoso en el pueblo (Lev. 19).

No juzguéis y no seréis juzgados (Lev. 6,37). ¿Cómo ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo? (Mt. 7,3).

Los mandamientos tienen la autoridad de Dios y señalan su voluntad que es justicia y santidad, y contienen su revelación. La grandeza de una nación estriba en el cumplimiento de la ley de Dios.

15. Honra a Dios y respeta a todos

(Honra a Dios en primer lugar porque es tu Crea-

dor y Redentor): Así dice Yahvé, tu redentor, el que lo ha hecho todo, el que solo despliega los cielos y afirma la tierra (Is. 44,24). Yo hice la tierra y creé sobre ella al hombre (Is. 45,12).

Honra al Señor con toda tu alma y reverencia a los sacerdotes (*ministros de Dios*) (Eclo. 7,31).

El hijo honra a su padre y el siervo teme a su señor. Pues si Yo soy Padre, ¿dónde está mi honra?... (Mal. 1,6).

(Jesucristo nos enseñó a llamar a Dios «nuestro Padre», al decirnos que rezáramos así): «Padre nuestro» que estás en los cielos...».

Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos... (Sal. 117).

(Honra a tus padres, porque a ellos, después de Dios les debes la vida): Quien teme al Señor, honra a sus padres; y sirve, como a sus señores, a los que le dieron el ser. Honra a tus padres con obras y con palabras y con toda la paciencia; para que venga sobre ti la bendición (Eclo. 3, 8-10).

(Respeta y obedece a tus superiores): Todos han de estar sometidos a las autoridades superiores, pues no hay autoridad sino bajo Dios; y las que hay, por Dios han sido establecidos... Es preciso someterse no sólo por temor del castigo, sino por conciencia (Rom. 13, 1-2 y 5).

Vuestra caridad sea sincera, aborreciendo el mal, adhiriéndonos al bien, amándoos los unos a los otros con amor fraternal, honrándoos a porfía unos a otros... No seáis altivos, mas allánaos a los humildes... (Rom. 12, 9-10).

Haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseáis que hagan ellos con vosotros (Mt. 7,12).

Nuestro deber es obedecer a la autoridad legítimamente constituida, pues la autoridad del que nos manda viene en último término de Dios, en cuanto que El es el autor de la vida social del hombre, y elemento esencial de toda sociedad es la autoridad. La obediencia sobrenatural enseña a ver en el Superior a Dios a quien representa...

16. El amor a Dios y al prójimo

(Jesucristo nos da este mandamiento): Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo (Lc. 10,27; Dt. 6,5).

Esto os mando: que os améis unos a otros (Jn. 15,17).

Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros como yo os he amado (Jn. 13,34).

El amor al prójimo es inseparable del amor a Dios: Si alguno dijere «Amo a Dios», pero aborrece a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve (1 Jn. 4,20).

El que tuviere bienes de este mundo, y, viendo a su hermano pasar necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo mora en él la caridad de Dios? Hijitos, no

amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad? (1 Jn. 3, 17-18).

Nosotros tenemos de El este precepto, que quien ama a Dios ame también a su hermano (1 Jn. 4,21).

Conocemos que amamos a los hijos de Dios en que amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos (1 Jn. 5,2).

Toda la Ley se resume en este solo precepto: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Gal. 5,14).

La ley de la caridad: Cuanto quisiéreis que os hagan a vosotros los hombres, hacédselo vosotros a ellos, porque ésta es la Ley y los Profetas (Mt. 7,12).

Procura venerar en los pobres, en los enfermos, en los que sufren, a Jesús, porque El ha dicho: «*Lo que hacéis a uno de éstos, a Mí me lo hacéis*» (Mt. 25,40).

El amor no excluye a nadie: se extiende a todos, aun a los enemigos, según el mandato de Cristo: «*Amad a vuestros enemigos*» (Mt. 5,44).

Al mal se le vence con el bien. Amar es darse con humildad a los hermanos.

Agradar no es todo, hay que agradar por agradar a Dios. El amor sea el móvil de todas tus acciones.

17. La caridad, la más excelente de las virtudes

Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la espe-

ranza y la caridad; pero la más excelente de ellas es la caridad (1 Cor. 13,13).

(Es virtud sobrenatural, viene de Dios): El amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado (Rom. 5,5).

Carísimos, amémonos unos a otros, porque la caridad procede de Dios, y todo el que ama es nacido de Dios y a Dios conoce. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es caridad (1 Jn. 4, 7-8).

Vestíos de la caridad, que es vínculo de perfección (Col. 3,14).

Cualidades de la caridad: La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no es interesada, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera» (1 Cor., 13, 4-7).

La perfección del amor en nosotros se muestra en que tengamos confianza en el día del juicio, porque, como es El, así somos nosotros en este mundo. En caridad no hay temor, pues la caridad perfecta echa fuera el temor; porque el temor supone castigo, y el que teme no es perfecto en la caridad (1 Jn. 4, 17-18).

Ante todo tened los unos para los otros ferviente caridad, porque la caridad cubre la muchedumbre de los pecados (1 Ped. 4,8).

El que ama a su hermano, está en la luz, y en él no hay escándalo. El que aborrece a su hermano, está en tinieblas, y en tinieblas anda sin saber adón-

de va, porque las tinieblas han cegado sus ojos (1 Jn. 2, 10-11).

Dios es caridad (1 Jn. 4,18). Lo que hace brillar más el amor de Dios hacia nosotros, es que siendo pecadores, murió Cristo por nosotros (Rom. 5,9).

¿Quién puede comprender este misterio: sufrir y morir por redimirnos? Este amor de Dios no tiene otra explicación que su amor: *Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo* (Jn. 3,16). *Me amó y se entregó a la muerte por mí* (Gal. 2,20). ¿Cómo corresponderemos a tanto amor?

18. Perdona de corazón las injurias recibidas

«Perdona a tu prójimo la injuria, y tus pecados, a tus ruegos, te serán perdonados».

¿Guarda el hombre rencor contra el hombre, e irá a pedir perdón al Señor?

No tiene misericordia de su semejante, y va a suplicar por sus pecados?

Siendo carne, guarda rencor. ¿Quién va a tener piedad de sus delitos? (Eclo. 28, 2-5).

¿(Cómo podrá decir a Dios): Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores? (Mt. 6,12).

Porque si vosotros perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. Pero, si no perdonáis a los hombres las faltas

suyas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados (Mt. 6, 14-15).

Entonces se le acercó Pedro y le preguntó: Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano si peca contra mí? ¿Hasta siete veces? Dícele Jesús: No digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete (Mt. 18, 21-22).

Si peca tu hermano contra ti, corrígele, y si se arrepiente, perdónale. Si siete veces al día peca contra ti y siete veces se vuelve a ti diciéndote: Me arrepiento, le perdonarás (Lc. 17, 3-4).

Si pecare tu hermano contra ti, ve y repréndele a solas. Si te escucha habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha, toma contigo uno o dos, para que por las palabra de dos o tres testigos sea fallado todo el negocio. Si los desoyere, comunícalo a la Iglesia, y si a la Iglesia desoye, sea para ti como gentil o publicano (Mt. 18, 15-17).

El que se venga será víctima de la venganza del Señor, que le pedirá exacta cuenta de sus pecados (Eccl. 28,1).

Depón el odio y perdona, si quieres que Dios te perdone. El odio conduce al infierno, la caridad al cielo.

El hombre dominado por el odio se imagina que castiga a su enemigo, y se castiga a sí mismo... Ningún vicio ciega y oscurece tanto la razón como el odio y la ira...

Santo Tomás Moro dijo: «La muchedumbre escribe los beneficios en arena y esculpe las ofensas en mármol. El cristiano, al contra-

rio, debe grabar las injurias en la arena para que se borren pronto y los beneficios en mármol.

19. Acuérdate de los novísimos...

Acuérdate de los novísimos (de tus postrimerías) y no pecarás jamás (Eclo. 7,40).

1. *La muerte.* ¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte? (Sal. 88,49). Está decretado que los hombres mueran una vez (Heb. 9,27).

Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte... (Rom. 5,12). La muerte es estipendio o paga del pecado (Rom. 6,23).

No tiene poder el hombre sobre el espíritu para detenerle, ni tiene poder sobre el día de la muerte (Ecl. 8,8).

El hombre no sabe cuánto tiempo le resta; y no piensa que se acerca la muerte, y que todo lo dejará a otro y morirá (Eclo. 11,20).

En los días de tu juventud acuérdate de tu Hacedor, antes que... se torne el polvo a la tierra que antes era, y retorne a Dios el espíritu que El le dio (Ecl. 12, 1 y 7).

Acuérdate que la muerte no tarda y no sabes cuándo vendrá (Eclo. 14,12). Jesucristo dice: «Estad preparados...».

2. *El juicio.* Está establecido morir una vez, y después de esto el juicio (Heb. 9,27). Es fácil al Se-

ñor dara a cada uno lo que merece y retribuirle según sus caminos (Eccl. 11,28).

Cada uno dará cuenta de sí a Dios (Rom. 14,12). No hay nada oculto que no llegue a descubrirse, ni secreto que no venga a conocerse (Mt. 10,26). Dios juzgará al justo y al impío (Eccl. 3,17).

3. *El infierno. El infierno existe. Jesucristo lo dice así:* «Irán éstos (los impíos) al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna» (Mt. 41 ss).

Murió el rico Epulón y fue sepultado. En el infierno en medio de los tormentos... dijo: Estoy atormentado en estas llamas (Lc. 16, 22-24).

4. *El cielo.* (El cielo es eterno): Los justos irán a la vida eterna (Mt. 25,46); tenemos casa eterna en el cielo (1 Cor. 5,1) y allí le veremos tal cual es (1 Jn. 3,2).

(La dicha del cielo es indescriptible): Ni el ojo vio ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman (2 Cor. 2,9).

Son muchos los pasajes de la Escritura que nos hablan del infierno. Unos dicen: Dios es Padre y no es posible que condene a un infierno eterno. Dios es Padre, y Padre misericordioso, pero también es justo. El no arroja a nadie al infierno; «somos nosotros los que nos precipitamos en él con nuestros pecados» (S. Cura de Ars). Si uno no quiere cuentas con Dios, y blasfema de El y le niega, él es culpable. Si a uno no le alumbra el sol por haber

cerrado la ventana de su casa, ¿quién tiene la culpa de que no le alumbre?

20. Haz bien, habla bien de todos, sé afable...

No te canses de hacer el bien. Procura vencer el mal a fuerza de beneficios (Rom. 12,21).

Mira bien dónde pones el pie y sean rectos todos tus caminos (Prov. 4,26).

Si tu enemigo tiene hambre dale de comer, si tiene sed, dale de beber. Pues así echas ascuas sobre su cabeza (*le haces reflexionar y se volverá a ti con amor*). Yahvé te lo pagará (Prov. 25, 21-22).

El que no peca con la lengua es persona perfecta, capaz de gobernar con el freno todo su cuerpo... Con la lengua bendecimos al Señor y Padre nuestro, y con ella maldecimos a los hombres hechos a imagen de Dios (Sant. 3,2 y 9).

El horno prueba los vasos del alfarero, la prueba del hombre es su conversación.... Antes de oírle hablar ni alabes a nadie, porque la palabra es la prueba del hombre (Eclo. 27, 6 y 8).

La muerte y la vida están en poder de la lengua (Prov. 18,21). El hombre debe ser pronto para escuchar, tardo para hablar, tardo para airarse (Sant. 1,19).

¿Has visto a un hombre que se precipita en sus discursos? Más se puede esperar del necio que de él. En el mucho hablar no faltará pecado. La lengua del

insensato lleva a la confusión (Prov. 29,20; 10,14 y 19).

¡Dichoso el que no haya pecado nunca con la lengua! (Eclo. 25,8).

Soportaos unos a otros con caridad (Ef. 4,1). La caridad es sufrida, dulce, bienhechora... (1 Cor. 13).

Hijo mío: tus beneficios no los acompañes de reproches ni tus obsequios de palabras amargas. El rocío refresca los ardores del sol, y así la buena palabra es mejor que un obsequio, pero el hombre benéfico une la una al otro (Eclo. 18, 15-17).

La lengua es un don de Dios. Con ella debemos alabar a Dios y no hablar mal de nuestros prójimos.

Haz bien y no mires a quién, porque el que hace mal a otros, a sí mismo se lo hace y Dios no lo bendice. «No hay cosa que tanto edifique a los prójimos como el trato amable y amoroso» (S. Fco. Sales).

21. No apegues tu corazón a las criaturas...

No améis el mundo ni lo que hay en el mundo... El mundo pasa y también sus concupiscencias (1 Jn. 2,15 y 17).

Nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él (1 Tim. 6,7). ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? (Mt. 16,26).

El tiempo es corto. Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen, y los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen, porque pasa la apariencia de este mundo (1 Cor. 7, 29-31).

Dije en mi corazón: «Ea, probemos la alegría, a gozar de los placeres». Pero también esto es vanidad. Empecé grandes obras, me construí palacios, me hice huertos y jardines... Compré siervos y siervas y tuve muchos nacidos en mi casa; tuve mucho ganado, vacas y ovejas... Amontóné plata y oro... No privé a mi corazón de goce alguno... y vi que todo es vanidad y apacentarse de viento... («aflicción de espíritu») (Ecl. 2,1,11).

A los ricos de este siglo encárgales que no sean altivos, ni pongan su confianza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, que abundantemente nos provee de todo para que disfrutemos, practicando el bien, enriqueciéndonos de buenas obras, siendo liberales, dadivosos y atesorando para el futuro con qué alcanzar la verdadera vida (1 Tim. 6, 17-19).

Rico serás si temes a Dios, y te apartas de todo pecado y haces lo que le es grato (Tob. 4,21).

Si abundan las riquezas, no apeguéis a ellas vuestro corazón (Sal. 62,11).

Las riquezas como don de Dios son buenas; lo que es malo es el apego a ellas y su abuso. El rico Epulón se condenó, no por ser rico, sino por haber usado mal de las riquezas....

Si hemos nacido desnudos y desnudos partiremos de este mundo, ¿para qué tantas preocupaciones por acaparar y para qué tantos trabajos en vano si la muerte nos depojará de todo? El verdadero rico es el que nada codicia.

22. Valor de la limosna

Mejor es dar limosna que acumular tesoros; pues la limosna libra de la muerte y limpia de todo pecado. Los que practican la misericordia y la justicia serán colmados de felicidad, mientras que los pecadores son enemigos de su propia dicha (Tob. 12, 8-10).

Según tus facultades haz limosna, y no se te vayan los ojos tras lo que des. No apartes el rostro de ningún pobre, y Dios no los apartará de ti.

Si abundares en bienes, haz de ellos limosna; y si éstos fueren escasos, según esa tu escasez no temas hacerla. Con esto atesoras un depósito para el día de la necesidad, pues la limosna libra de la muerte y preserva de caer en las tinieblas; y es buen regalo la limosna en la presencia del Altísimo, para todos los que la hacen (Tob. 4, 7-11).

Parte tu pan con el hambriento, alberga al pobre sin abrigo, viste al desnudo y no vuelvas tu rostro ante el hermano... Este es el ayuno que yo quiero... (Is. 58, 7-8).

El que da al pobre, no conocerá pobreza...; el que da al pobre, presta al Señor, y el Señor centuplicará sus bienes (Prov. 28,27).

Cuando hagas limosna, no vayas tocando la trompeta delante de ti, como lo hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa.

Cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace la derecha, para que tu limosna sea oculta, y el Padre que ve lo oculto, te premiará (Mt. 6, 2-4).

El que se impone privaciones amontona para otros, y con sus bienes otros se darán buena vida... Nadie más necio que el que para «sí» mismo es tacaño, y lleva ya en eso su castigo (Eccl. 14, 4-6).

Hay varias maneras de dar: *dar simplemente* para salir del paso, sin mira alguna sobrenatural; *dar negando*: «te doy esto que no debía dártelo», y es como si no diese nada, porque ni Dios ni el prójimo lo agradece, y *dardando*, o sea, con alegría y satisfacción de poder prestar un servicio es dar dos veces. Pensemos que al honrar al pobre honramos al mismo Jesucristo (Mt. 25,40).

23. Vence el respeto humano

1. *No te avergüences de hacer una obra buena. Imita la valentía de San Pablo*: Yo no me avergüenzo del Evangelio (Rom. 1,16).

Jesucristo dice: Quien se avergonzare de Mí y de

mis palabras, de él se avergonzará el Hijo del Hombre, cuando venga en su gloria y en la del Padre y de los santos ángeles (Lc. 9,26).

A todo el que confesare delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos... (Mt. 10, 32-33).

Muchos de los jefes creyeron en Jesucristo; pero por causa de los fariseos no lo confesaban, por miedo a ser excluidos de la sinagoga, porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios (Jn. 12, 42-43).

Si aún buscase agradar a los hombres, no sería siervo de Jesucristo (Gál. 1,10).

Obra con pureza de intención. Estad atentos a no hacer vuestra justicia delante de los hombres para que os vean; de otra manera no tendréis recompensa ante vuestro Padre que está en los cielos (Mt. 6,1).

Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt. 5,16).

El respeto humano es esclavitud, cobardía y debilidad de carácter. Cuántos obran así: ¿qué dirá, que se pensará si hago o no tal cosa?... Jamás busquemos agradar a los hombres que se apartan de la ley de Dios. No hay que hacer el mal por complacer a los demás, aparentando aún ser peor de lo que somos en realidad.

Tampoco hay que hacer las obras buenas para agradar a los hombres o para que las vean y nos alaben, sino que hay que hacerlas

para agradar a Dios ante todo... Nuestro buen ejemplo siempre puede mover a otros a hacer el bien.

24. **Frecuenta los sacramentos**

1. *Examina tu conciencia:* Examínate a ti mismo (Eclo. 18,20). Bien sabes tú, tu corazón lo sabe muy bien, todo el mal que hiciste (1 Rey. 2, 44).

De dentro del corazón del hombre proceden los malos pensamientos, las fornicaciones, los hurtos, los homicidios; los adulterios, las codicias, las maldades, el fraude, la impureza, la envidia, la blasfemia, la altivez, la insensatez. Todas estas maldades del hombre proceden, y manchan al hombre (Mc. 7, 21-23).

Tú, oh Dios, que iluminas mis tinieblas (Sal. 18,29), alumbra mis ojos, no me duerma en la muerte (Sal. 13,4).

2. *Disponte a confesar tus pecados:* Pequé (Job. 7,20). Confesaré a Yahvé mi pecado (Sal. 32,5).

El que oculta sus pecados no prosperará, el que los confiesa y se enmienda alcanzará misericordia (Prov. 28,13).

Reverencia a los sacerdotes (Eclo. 7,31) (*que tienen poder de perdonar los pecados, y a ellos les fue dado este poder por Cristo, que les dijo*): Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonárais los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviéreis, les serán retenidos (Jn. 20,23).

No te avergüences de confesar tus pecados. No tengas respetos que sean en perjuicio de tu alma (Ecl. 4, 26 y 31).

Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es El para perdonarnos y limpiarnos de toda iniquidad (1 Jn. 1,9).

3. *Acércate a la Eucaristía*: Jesús tomó el pan, lo bendijo...y dijo: Tomad y comed: esto es mi cuerpo (Mt. 25,26). Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre, y el pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo... El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y Yo le resucitaré el último día (Jn. 6, 51-55).

Comulga en gracia de Dios, porque «Quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor...» (1 Cor. 11,27).

Jesucristo instituyó la Eucaristía para estar siempre presente con nosotros, para ofrecernos en el sacrificio de la Misa y para ser nuestro alimento. El pan eucarístico es alimento de nuestras almas. La Misa y el sacrificio de la Cruz perpetuado...

25. Evita riñas y pleitos

El hombre iracundo enciende los pleitos, abste-néos de ellos y disminuirán vuestros pecados (Eccl. 23, 10-11).

No pleitees con nadie sin razón, si no te ha hecho agravio (Prov. 3,30).

¿De dónde entre vosotros tantas guerras y pleitos? ¿No es de las pasiones y codicias, que luchan en vuestros miembros? Codiciáis y no tenéis; matáis, ardéis en envidia y no alcanzáis nada; os combatis y os hacéis la guerra (Sant. 4, 1-2).

Lo que han visto tus ojos no lo hagas enseguida objeto de litigio, pues ¿qué harás luego, cuando venga tu adversario y te ponga en evidencia? (Prov. 25,8).

El tardo a la ira es prudente, el pronto a la ira hará muchas locuras (Prov. 14,29).

El iracundo promueve contiendas, el que tarde se enoja aplaca rencillas (Prov. 15,18).

Mejor es el ánimo calmo que el irascible. No te apresures a enojarte, porque la ira es propia de los necios (Ecl. 7,8).

La envidia y la cólera abrevian los días, y los cuidados traen la vejez prematura (Eclo. 30,36).

La respuesta suave quebranta la ira, mas una palabra áspera enciende la cólera (Prov. 15,1).

La palabra dulce multiplica los amigos y aplaca a los enemigos (Eclo. 6,5).

El rencor y la cólera son detestables, el hombre pecador los guarda en el corazón (Eclo. 27,33).

Los pleitos ordinariamente proceden de la avaricia, del odio y de la locura, y también de la intemperancia, de la lengua, del orgullo... Muchas veces una palabra, una injuria, un

cuento falso o una calumnia engendran pleitos... Los pleitos destruyen la paz y la caridad, causan multitud de desgracias, y aún ganándolos, ocasionan grandes pérdidas... Evítalos.

Evita también la fealdad de la ira, porque ella hace perder el uso de la razón...

26. Ama la humildad y detesta la soberbia

El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado (Lc. 14,11).

No te tengas por sabio, teme a Dios y evita el mal (Prov. 3,7).

(*Muchos*) alardeando de sabios, se hicieron necios (Rom. 1,22). Cristo Jesús, existiendo en forma (naturaleza) de Dios... igual a Dios, se anonadó, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Fil. 2, 5-8).

María (*se humilló*) diciendo: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra (Lc. 1,38).

La soberbia trae al hombre la humillación, pero el de humilde corazón es ensalzado (Prov. 29,3).

¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te vanaglorías como si no lo hubieras recibido? (1 Cor. 4,7).

No permitas que la soberbia domine en tus pensamientos y palabras; la soberbia es el principio de todos los males (Tob. 4,14).

No te dejes llevar de la soberbia. La soberbia es odiosa a Dios y a los hombres... ¿De qué te ensorbeces polvo y ceniza?... El principio de la soberbia es apartarse de Dios y alejar de su Hacedor su corazón, porque el principio de todo pecado es la soberbia (Eclo. 10, 6-15).

Dios resiste a los soberbios y a los humildes de su gracia (1 Ped. 5,5).

Dices: Yo soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad, y no sabes que eres un desdichado, un miserable, un indigno, un ciego y un desnudo (Apoc. 3,17).

Humildad es el conocimiento claro de lo que somos sin añadir ni quitar nada (Balmes). La humildad es andar en la verdad (Santa Teresa). Yo no puedo compararme con otros, porque todos somos átomos de la nada: «Todas las naciones son delante de Dios como una gota de agua... como un polvillo en la balanza» (Is. 40, 25-28). Y si esto es el mundo delante de Dios, ¿qué seré yo?...

27. Ama la virtud de la castidad

¡Oh, qué bella es una generación casta con esclarecida virtud! Inmortal es su memoria y su honor delante de Dios y de los hombres (Sab. 4,1).

Glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo... ¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo de Espíritu

Santo, que está en vosotros que habéis recibido de Dios y que no os pertenece a vosotros mismos? (1 Cor. 6, 18-20).

Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios (Mt. 5,8).

Jesús dijo: No todos entienden esto (*la decisión de ser vírgenes*), sino aquéllos a quienes ha sido dado. Porque hay eunucos (*esto es, inhábiles o impotentes para el matrimonio*), que se hicieron tales a sí mismos por amor al reino de los cielos. El que sea capaz de este don ¡adelante! (Mt. 19, 11-12).

(*San Pablo inspirado por Dios, dice*): Quisiera que todos los hombres fueran como yo (él era soltero), pero cada uno tiene de Dios su propio don... Si no pueden guardar continencia, cásense, que mejor es casarse que abrasarse (en el fuego de la impureza)... (1 Cor. 7, 7-9).

Acerca de las vírgenes no tengo precepto del Señor; pero puedo daros consejo... Creo, pues, que por la instantánea necesidad es bueno que el hombre sea así... Si te casares no pecas; pero tendréis que estar sometidos a las tribulaciones de la carne que quisiera yo ahorraros...

Yo os querría libres de cuidados. El célibe se cuida de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor. El casado ha de cuidarse de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer, y así está dividido...

Quien casa a su hija virgen hace bien (*siendo ella de este parecer*), y quien no la casa hace mejor... Más feliz será si permanece así según mi consejo... (1 Cor. 7,25 ss).

La castidad es una joya de inestimable valor, es fuente de hermosura, de alegría, de paz, y a su vez promotora de obras de celo y apostolado.

La virginidad es un don especial de Dios y no a todos es concedido... Habrá tentaciones, y para vencer, es necesario frecuentar los sacramentos, tener devoción a la Virgen y evitar las ocasiones de pecado.

28. Sufre con paciencia

(El pecado causa del dolor): Como por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos habían pecado (en Adán) (Rom. 5,12).

(El ejemplo de Jesucristo): Cristo padeció por nosotros dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas (1 Ped. 2,21).

Quien no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo (Lc. 14,27).

(El sufrimiento es herencia de los buenos): Jesús dice: En verdad, en verdad os digo: No es el siervo mayor que su señor, ni el enviado apóstol que aquél que le envía (Jn. 3,16). Si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros (Jn. 13,20).

Todos los que quieran vivir piadosamente, siguiendo a Cristo, padecerán persecuciones (2 Tim. 3,12).

(Dios prueba a los justos): Te prueba Yahvé, tu

Dios, para saber si le amas con todo tu corazón y con toda tu alma (Dt. 13,3). Aguarda con paciencia lo que esperas de Dios... Acepta todo cuanto te enviare, en los dolores sufre con constancia y lleva con paciencia tu abatimiento. Pues como en el fuego se prueba el oro, así los hombres aceptos se prueban en la fragua de la humillación (Eclo. 2, 3-5).

Porque el Señor a quien ama le reprende, y azota a todo el que tiene por hijo (Heb. 12,6).

Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros (Rom. 8,18).

Pues por la momentánea y la ligera tribulación Dios nos prepara un peso eterno de gloria incalculable (2 Cor. 4,17).

Aprender a sufrir es la más grande y más útil asignatura de la presente vida, y esta asignatura se aprende de un Maestro: de Jesucristo en la cruz.

«Habéis de alegraros en la medida en que participáis en los padecimientos de Cristo...» (1 Ped. 4). «Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos» (Hech. 14,21). «La cruz es el bastón de nuestra peregrinación» (Sta. Catalina de Sena).

29. ¿Quién es Jesucristo?

(¡Cuántos se llaman cristianos y no lo conocen!)

1. *Jesucristo es nuestro Salvador y Redentor*

Jesucristo, el Verbo (la Palabra del Padre) era Dios, y se hizo hombre y habitó entre nosotros (Jn. 1,1 y 14).

Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim. 1,15) *(y vino por medio de la Virgen María)*. María, de la cual nació Jesús, por sobre-nombre Cristo (Mt. 1,16).

Se le puso por nombre JESUS porque salvará a su pueblo de sus pecados (Mt. 1,20).

En él tenemos la redención y remisión de los pecados (Col. 1, 14).

El es el mediador entre Dios y los hombres, que se entregó a sí mismo para redención de todos (1 Tim. 2,6).

El es verdaderamente el Salvador del mundo (Jn. 4,22).

2. *Jesucristo es santo*

Sólo El puede retar así a sus enemigos: ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? (Jn. 8,46).

Sabéis que apareció para quitar el pecado y que en El no hay pecado (1 Jn. 3,5).

Y tal convenía que fuese nuestro Pontífice, santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más alto que los cielos (Heb. 7,26).

El nos exhorta a la santidad: Sed santos, porque Yo soy santo (Lev. 9,2). Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt. 5,48).

Jesucristo es Dios desde la eternidad y se hizo hombre en el tiempo. Es un persona histórica, que vivió en tiempos de Herodes y del gobernador Poncio Pilato. Hizo muchos mila-

gros y demostró que El era Dios. Murió crucificado para redimirnos del Pecado, pero al tercer día resucitó para nunca más morir.

Tú lee con frecuencia el Evangelio donde tiene su doctrina y milagros que realizó, y así le conocerás mejor.

30. Jesucristo es sabio y es nuestro Maestro

3. Jesucristo es sabio

Jesús crecía y se fortalecía, lleno de sabiduría... y todos los que le oían se maravillaban de su doctrina y de sus respuestas (Lc. 2,40,47 y 52).

Jesús conocía los pensamientos de los hombres (Lc. 6,8; 9,47)... Y no tenía necesidad de que nadie diese testimonio del hombre, pues El conocía lo que en el hombre había (Jn. 2,25).

En Cristo se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col. 2,3).

Venid y ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será El el Mesías? (Jn. 4,29).

Entonces se retiraron los fariseos y celebraron consejo para ver el modo de sorprenderle en alguna declaración... y al oírle todos quedaron maravillados de su doctrina (le propusieron dos cuestiones para poderlo confundir; pero los confundidos fueron ellos). (Véanse Mt. 22,15-33; Jn. 8, 1-11).

4. Jesucristo es nuestro Maestro

Se maravillaban de su doctrina, pues les enseñaba

como quien tiene autoridad y no como los escribas (Mc. 1, 22).

(Jesús le dijo): Me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque de verdad lo soy (Jn. 13,13). Uno es vuestro Maestro, uno vuestro Doctor, el Mesías (Mt. 28, 19-20).

Si perseveráis en mi doctrina seréis en verdad discípulos míos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres (Jn. 8, 31-32).

Las enseñanzas de Jesús son muchísimas. El nos enseñó a amar a nuestros enemigos, a orar, a cumplir las bienaventuranzas y sus mandamientos que conducen al cielo.

Si quieres conocer a Jesucristo, su vida, sus milagros y su excelsa doctrina, lee con frecuencia el libro más bello que existe en el mundo: El Evangelio.

31. Jesucristo es rey

5. Jesucristo es rey

(Así lo dijo El ante Pilato): Este le dijo: ¿Luego tú eres Rey? Tú lo dices: Soy Rey (Jn. 18,37).

Jesús les dijo: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra (Mt. 28,17).

Tiene sobre su manto y sobre su muslo escrito su nombre: Rey de reyes y Señor de los señores (Apoc. 19,16).

Dominará de mar a mar... hasta los confines de la

tierra... Se postrarán ante El todos los reyes y le servirán todos los pueblos (Sal. 72, 6-11). Su reino será eterno (Dn. 7,27).

(Es rey por naturaleza, por ser el Creador): Todas las cosas fueron hechas por El... (Jn. 1,3), las visibles y las invisibles (Col. 1,16).

(Es rey por el título de conquista): Habéis sido rescatados de vuestro vano vivir... no con plata y oro corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de cordero sin defecto ni mancha (1 Ped. 1, 18-19).

(Debe ser nuestro rey por el título de elección): Venga a nosotros tu reino (Mt. 6,10).

Regirá *(a todos sus enemigos)* con cetro de hierro. Ahora, pues, oh reyes, obrad prudentemente; dejaos persuadir, rectores todos de la tierra. Servid a Yahvé con temor, rendirle homenaje con temblor (Sal. 2, 6-11).

No faltan pueblos y príncipes que se confabulan contra Yahvé y su Ungido, y repiten el grito satánico: «No queremos que Este reine sobre nosotros» (Lc. 19,14); mas los verdaderos seguidores de Cristo hemos de seguir a Cristo y orar: «Venga a nosotros tu reino», pues «es preciso que El reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies» (1 Cor. 15,25).

32. Jesucristo es el Mesías y es Dios

6. *Jesucristo es el Mesías*

La mujer (*samaritana*) le dijo: Yo sé que el Mesías, el que se llama Cristo, está para venir, y que cuando venga nos hará saber todas las cosas. Jesús le contestó: Soy yo, el que contigo habla (Jn. 4, 25-26).

(*Caifás*) el Pontífice le dijo: Te conjuro por Dios vivo que me digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios. Jesús le contestó: Tú lo has dicho... (Mt. 26, 63-64).

Dijo el ángel (*a los pastores*): No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría, que es para todo el pueblo; pues os ha nacido un Salvador, que es el Mesías, Señor, en la ciudad de David (Lc. 2, 10-11).

(*Cristo es el Mesías porque en El se cumplen las profecías del A. T.*): Yahvé dijo a Abraham: Te bendeciré... y en ti serán benditas todas las naciones de la tierra (Gén. 12, 2-3)... En tí, en uno de tus descendientes, que es Cristo, serán benditas todas las naciones (Gál. 3, 16)...

7. *Jesucristo es Dios*

Al principio era el Verbo... y el Verbo, (*la Palabra del Padre, o sea, Jesucristo*) era Dios (Jn. 1, 1).

(*Jesús dijo*): Yo y el Padre somos uno (una misma cosa) (Jn. 10, 30). Quien me ve a Mí, ve al Padre (Jn. 14, 9).

Este (*Jesucristo*) es el Dios verdadero (1 Jn. 5, 20).

Dios mismo vendrá y os salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos, y saltará el cojo como un ciervo y la lengua de muchos cantará gozosa (Is. 35, 4-6).

Otros muchos milagros hizo Jesús... que no están escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el hijo de Dios... (Jn. 20,31).

A Jesucristo se le atribuyen las propiedades de la eternidad y de perdonar los pecados, propias de Dios (Jn. 8,58; Lc. 5, 20-21)... y el anunciar las cosas futuras; El predijo su muerte, la traición de Judas, la negación de Pedro... Luego, El es Dios. También predijo su resurrección, el mayor de los milagros... (Mc. 10, 33-34).

33. Jesucristo padeció, murió y resucitó

(Jesús predijo así su Pasión): Subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, que le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, y se burlarán de El y le escupirán, y le azotarán y le darán la muerte, pero a los tres días resucitará (Mc. 10, 33-34).

(¿Por qué quiso sufrir y morir?): Cristo padeció por nosotros... Lavó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero (de la cruz), para que muertos al pecado, viviéramos para la justicia, y por sus heridas hemos sido curados (1 Ped. 2, 21-24).

Fue El ciertamente quien tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores... Fue

traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo salvador pesó sobre El, y en sus llagas hemos sido curados... Fue ofrecido en sacrificio porque El mismo lo quiso (Is. 53, 4-7).

Me amó y se entregó (*a la muerte*) por mí (Gál. 2,20).

Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos (Jn. 15,13).

En esto hemos conocido la caridad, en que El dio su vida por nosotros (1 Jn. 3,16).

Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros (Rom. 5,8). Murió el Justo por los injustos (1 Ped. 3,18).

Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras y fue sepultado y resucitó también según las Escrituras... (1 Cor. 15, 3-4), y resucitó para nunca más morir (Rom. 6,9). Cristo resucitó, luego nosotros también resucitaremos...

«La Pasión es una página gloriosa escrita con sangre, reveladora del amor infinito de Jesús» (A. Amundarain). Todo lo sufre en paz el que mira a Jesús pendiente en la cruz. «Mira a Jesús crucificado y nunca te quejarás» (S. Alf. M.^a Ligorio). La resurrección de Cristo es el mayor de los milagros, el dogma fundamental del cristianismo, es su gran triunfo y a la vez nuestro triunfo...

34. Testimonios acerca de Jesucristo

1. *Los evangelistas y apóstoles de Jesucristo*

– Jamás persona alguna ha hablado como este hombre (Jn. 7,40).

– Su fama se extendía más y más y venían muchas gentes a oírle y a que los curase de sus enfermedades (Lc. 5,15).

– ¿Quién es éste que hasta los vientos y el mar obedecen? (Mt. 8,27).

– Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (Mt. 16,16). Tú tienes palabras de vida eterna (Jn. 6,68).

– Pasó haciendo bien a todos... De El dan testimonio todos los profetas (Hech. 10,38 y 43).

2. *Otros testimonios acerca de Jesucristo*

– Judas dijo: He entregado la sangre inocente (Mt. 27,4).

– Pilato: Yo no hallo en éste ningún crimen (Jn. 18,38).

– El buen ladrón: Nosotros justamente sufrimos por nuestros pecados, pero éste nada malo ha hecho (Lc. 24,41).

– Los mismos fariseos decían: Ya véis que todo el mundo se va en pos de El (Jn. 12,19).

– Todos quedaban sobrecogidos de temor y glorificaban a Dios diciendo: un gran profeta ha surgido entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo (Lc. 7,16).

– Jamás hemos visto cosa parecida (Mc. 2, 12).

3. *¿Qué dijo Jesucristo de sí mismo?*

– Yo soy el Mesías (Jn. 4,26). Yo soy Rey (Jn.

18,37). Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn. 14,6).

– Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas (Jn. 8,2).

– Yo soy la resurrección y la vida (Jn. 11,25). Yo soy el pan de vida (Jn. 6,35).

Jesucristo se proclamó Hijo de Dios y Dios verdadero.

– Jesucristo es *santo*, luego no puede engañarnos.

– Jesucristo es *sabio*, luego no puede ser engañado.

– Jesucristo es *Dios*, luego todas sus enseñanzas y sus preceptos deben ser aceptados por todos los hombres por ser manifiestamente divinos.

35. Honra a la Santísima Trinidad

Este gran misterio lo recordamos al decir: «En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo», y también en el «Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo».

En Dios hay tres personas distintas y se nos revelan en la Biblia como un solo y único Dios. Debemos, pues, honrar a Dios Uno y Trino.

(*Mientras vivimos en gracia*) somos templos del Dios vivo (2 Cor. 6,16). ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno profana el templo de Dios, Dios le destruirá. Porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros (1 Cor. 3,17).

(*Jesucristo nos dice*): Si alguien me ama (si vive en gracia) mi Padre le amará y vendremos a él (¿Quiénes? Las tres divinas Personas), y estableceremos dentro de él nuestra morada (Jn. 14, 23).

1. (*Debemos honrar a Dios, porque es nuestro Padre y nos ama*): Tú, oh Dios, eres nuestro padre, y «Redentor nuestro» es tu nombre desde la eternidad (Is. 63,15). (El nos dice): Si Yo soy Padre, ¿dónde está mi honra? (Mal. 1,6). Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo, para que el que crea en El no perezca... (Jn. 3,16).

2. (*Debemos honrar al Hijo, porque también es Dios*): El Verbo (Jesucristo) era Dios (Jn. 1,1). Este es el verdadero Dios (1 Jn. 5,20). Yo y el Padre somos uno (Jn. 10,30). Quien me ve a mí, ve al Padre (Jn. 14,9). En El tenemos la redención y la remisión de los pecados (Col. 1, 13-14).

3. (*Debemos honrar al Espíritu Santo, porque es también Dios*): «Mentir al Espíritu Santo es mentir a Dios» (Hech. 5, 3-5). (La Escritura Santa nos dice que el Espíritu Santo) es «el Espíritu del Padre» (Mt. 10,20), y es también «el Espíritu del Hijo» (Gál. 4,6) (y por tanto existe desde que existen el Padre y el Hijo, o sea, eternamente). Y por eso en el Credo nos enseña la Iglesia «que procede del Padre y del Hijo, y por ser Dios como ellos, recibe la misma adoración y gloria».

Honra al Señor –tu Dios– con toda tu alma (Eccl. 7,31). Amemos a Dios, porque El nos amó primero (1 Jn. 4,19). Si me amáis, guardaréis mis mandamientos (Jn. 14,15).

36. Aprovecha el tiempo

No nos cansemos de hacer el bien, que a su tiempo cosecharemos, si no desfallecemos. Por consiguiente, mientras disponemos del tiempo, hagamos bien a todos (Gál. 6, 9-10).

El tiempo es breve..., el aspecto de este mundo pasa rápidamente (1 Cor. 7,29 y 31).

El hombre nacido de mujer vive corto tiempo, está repleto de muchas miserias; brota como una flor y se marchita (Job. 14,1).

Los días de nuestra vida son setenta años, y ochenta en los más robustos; pero también la robustez es apariencia, un nada, porque se corta en un instante, y volamos... Enséñanos a contar nuestros días, para que adquiramos un corazón sabio (Sal. 90,10 y 12).

(Otro pasaje bíblico dice): El número de los días del hombre, a más tirar son cien años, y, comparados con la eternidad, son menos que una gota de agua comparada con todo el mar (Eclo. 18,8).

El hombre no conoce la hora de su muerte, pues así como los peces son capturados en la red y las aves en el lazo, así se enredan los hombres en el tiempo aciago que los sobrecoge de repente (Ecl. 9,12). Estad preparados...

Este es el tiempo de salvación, éste es el tiempo aceptable (2 Cor. 6,2).

Convertíos, oh hijos de los hombres, dice el Señor, porque mil años son ante sus ojos como el día de ayer que pasó, y como una de las vigiliass de la noche; una nada son todos los años que vive. El hom-

bre es como un torrente que corre, como un sueño que se desvanece. Dura un día como el heno; florece por la mañana, y se pasa (Sal. 90, 4-6).

Todos entramos en la vida con la ley de abandonarla. «El hombre nace, vive un momento y muerte, y con su muerte cede su lugar a otro que pronto morirá también» (S. Agustín).

Dios nos concede el tiempo para merecer, y por tanto nuestro deber es emplearlo en hacer el bien. Sé amante del trabajo. Evita la ociosidad.

Acordémonos de que el tiempo es corto y de que el juicio de Dios está a nuestra puerta (S. J. Crisóstomo).

INDICE

Al lector de este libro...

DIOS TE HABLA

1. Anda en mi presencia
2. Fin del hombre
3. Huye del pecado
4. Oíd, pueblo necio e insensato
5. Vive en gracia
6. No temas la muerte
7. Dios es misericordioso
8. Dios es inmutable y eternamente feliz
9. Yo soy el Señor tu Dios
10. El camino de la felicidad
11. La promesa de Dios: la vida eterna
12. Cumple los mandamientos de Dios (1.º, 2.º y 3.º)
13. Cumple los mandamientos de Dios (4.º y 5.º)
14. Cumple los mandamientos de Dios (6.º-10.º)
15. Honra a Dios y respeta a todos
16. El amor a Dios y al prójimo

17. La caridad, la virtud más excelente
18. Perdona de corazón...
19. Acuérdate de los novísimos
20. Haz bien, habla bien y sé afable
21. No apegues tu corazón a las criaturas
22. Valor de la limosna
23. Vence el respeto humano
24. Frecuenta los sacramentos
25. Evita riñas y pleitos
26. Ama la humildad y detesta la soberbia
27. Ama la virtud de la castidad
28. Sufre con paciencia
29. ¿Quién es Jesucristo? Es el Salvador, santo...
30. Es sabio y nuestro Maestro
31. Jesucristo es Rey
32. Es el Mesías y es Dios
33. Jesucristo padeció, murió y resucitó
34. Testimonios acerca de Jesucristo
35. Honra a la Santísima Trinidad
36. Aprovecha el tiempo